



Theodor Kallifatides

El amor

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano
y Eva Gamundi Alcaide



Galaxia Gutenberg

THEODOR KALLIFATIDES

El amor

Traducción de
Eva Gamundi Alcaide
y Carmen Montes Cano

Galaxia Gutenberg



SWEDISH ARTSCOUNCIL

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *Kärleken*

Traducción del sueco: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2026

© Theodor Kallifatides, 1978, 2026

© de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2026

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14645-2026
ISBN: 979-13-88019-90-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Markus y Johanna

Estoy hecho de conflictos.

HARALD OFSTAD

I

Me deslicé al interior de esta historia mientras estaba delante de una ventana. Esta historia se hizo necesaria porque el 19 de marzo de 1974 yo estaba delante de una ventana, que no había escogido con particular cuidado. No tenía ningún motivo para estar allí, no había nada al otro lado que atrajera mi atención; o bueno, tal vez sí.

De repente me quedé cautivado por la visión de algo que no era nada extraordinario, pero que el 19 de marzo de 1974 me lo pareció. Una nube minúscula de niebla matutina, una nube aislada, solitaria, despeluzada, que iba rodando despacio sobre la zanja entre dos cultivos en dirección al mar, que no se veía; me quedé de pie delante de la ventana y dije para mis adentros: «¡La nube quiere volver a casa con su madre!».

Era una frase extraña, pero por aquel entonces cualquier movimiento me parecía un movimiento en dirección a casa. Quizá yo mismo estuviera camino «de casa», pero no lo supiera.

De modo que fue una elección fortuita que yo me encontrara delante de esa ventana ahora tan lejana contemplando la nube de niebla matutina, inocente y seguro, descansando en lo fortuito de la situación. Pero no sabía que el azar y el destino estaban echando suertes a mis espaldas, y que iba ganando el azar. La apuesta era yo.

He pensado bastante en ello. Sobre todo, durante las largas noches en las que a veces lloraba mi llanto forzado e infantil mientras esperaba delante del teléfono tan aterrado por la posibilidad de que sonara como por la posibilidad de que no.

Los demás dormían. Mi hijo dormía y Lena dormía. Mi hijo dormía con una lámpara encendida apuntándole a la cara; detesta la oscuridad, siempre quiere dormir cegado por la luz, no porque le dé miedo la oscuridad, sino porque no le gusta.

—¡Es que no se ve nada! —protestaba cuando a veces se me ocurría apagar la luz.

—¡Pero si estás durmiendo, hijo mío! —le susurraba yo.

—¡Qué va! —objetaba él, y era cierto.

La forma más infalible de despertar a mi hijo era despojarlo de la luz. ¡Ojalá los dioses le den toda la luz que necesita!

Lena y Johan dormían. Oía su conversación nocturna, a veces palabras sueltas, a veces diálogos extensos y provechosos que mantenían con invitados

invisibles, y yo iba de un lado para otro con el miedo en el corazón precisamente cuando debería poder ser feliz. ¡No, feliz no! ¡No y mil veces no!

Es tu pueblo el que quiere ser feliz. ¡Tanto que hablan de la felicidad en tu país! No, feliz no, pero sí que podría estar conforme con mi vida, con la vida necesaria.

Pero el azar, ese dios oscuro y fortuito, había vencido. El azar había generado una situación de lo más fortuita en el mundo, una nube solitaria, una ventana, y en esta situación fortuita del mundo me había quedado atrapado yo como un pez en la red. A mi espalda te encontrabas tú.

Ay, ya sé que tú podrías decir lo mismo. Quizá todo el mundo podría decir exactamente lo mismo, ¡pero de qué sirve! ¿Qué consuelo es ese?

Ahora, mientras estoy sentado en una habitación enorme y preciosa en medio de una ciudad enorme y preciosa en la que nadie salvo Lena sabe que existo, estoy aquí para ganar claridad, para descifrar mi vida, para tomar una decisión, para escoger, en resúmenes cuentas. Lo fortuito se ha vuelto necesario.

¿Sería esto lo que Hegel llamó salto cualitativo?

¿Sería esto lo que antes de Hegel la gente llamaba lisa y llanamente milagro?

Pero ¿cuánto más resignado no suena hablar de «milagros»? Y cuánto más señor no es uno cuando puede disponer incluso de lo fortuito, pues exacta-

mente eso era lo que quería Hegel, exactamente eso es lo que todos nosotros queremos.

Pero ¿quiénes somos nosotros?

Los viejos de la tierra, los que ya no esperamos aventuras, puesto que desde que Ícaro se precipitó al mar ninguna aventura ha terminado bien. Hay que ser joven para creer que uno es escéptico, cuando en realidad no solo cree, sino que también confía en que los dioses estén de su lado.

Eras joven y tenías fe y estabas llena de confianza. El azar estaba de tu lado. Claro, aquel dios oscuro estaba de tu lado, pero tenía una sonrisa rígida en los labios. Eso no lo viste. Yo tampoco.

Le di la espalda a la ventana y al paisaje para ver en primer lugar un vestido color tierra en cuya dirección mascullé un rápido «perdón».

Es aquí, en tu país, donde me he acostumbrado a pedir perdón por prácticamente todo, y no se debe a que me haya vuelto más cristiano.

Después te vi a ti.

Mis ojos seguían ocupados con la nube desvalida del exterior, con los cultivos desnudos, con el mar invisible. Acababa de estar de viaje, no, no era un viaje en grupo, yo era el único viajero y no me había movido del sitio, pero, sin duda, había estado de viaje y seguía con los ojos empañados por la solitaria travesía, y la travesía acabó abruptamente cuando mis ojos se encontraron con los tuyos.

En lo más hondo de mi ser podía percibir un rumor sordo, eran todos mis engranajes acoplándose; mi ridículo «perdón» flotaba en el aire entre tú y yo como mi primera bandera de capitulación –con el tiempo izaría otras– y tú no te molestaste en responder, te quedaste allí sonriendo, luego alargaste la mano; no entendí enseguida lo que significaba, dudé un rato –ahora ya sé que se trataba de una mera repetición de lo que sucedería más tarde esa misma noche–, dudé tanto que se volvió casi vergonzoso y tu sonrisa se petrificó y eso me despertó de mi sueñecito repentino pero profundo, de hecho es que creo que me dormí inmediatamente después de verte –¿y qué era lo que buscaba en el sueño?–, me volví a despertar y cogí la mano que me ofrecías, aún a una distancia demasiado grande el uno del otro, me negué a abandonar mi orilla hasta el último momento, y el rumor sordo de mi interior cesó.

–¡Me llamo Li! –anunciaste.

–¡Laki Sarris! –respondí con nombre y apellido ampliando así tus conocimientos sobre mí.

Ese fue el principio y ahora mismo no tengo fuerzas para más. Así que voy a ponerme un café, voy a subir el estor, voy a limpiar la pipa. Voy a sumirme profundamente en mis movimientos habituales, en mi santidad.

El tiempo ha ido desgastando mis dedos delgados y huesudos, los miro con cariño; han envejecido,

han adquirido sus propias costumbres, y la mayoría de las veces son ellos los que me sorprenden a mí, no yo a ellos. Envidio su perfección cuando sostienen la pipa, cuando meten el tabaco, cuando abren la caja de cerillas, escogen una y la arrastran con un suave movimiento calculado por el costado de la caja, hasta que la cabeza oscura se desintegra en fuego y llamas y los dedos índice y corazón se retiran al tiempo que giran la cerilla hacia arriba.

La pareja de palomas que ha montado el nido bajo el techo se acaba de despertar. Oigo su arrullo, que en cierto modo me resulta «primigenio»; les falta todo conato de articulación, están completamente desnudas, no tienen ninguna importancia, no son expresión de nada salvo de sí mismas.

Tal vez por eso la paloma ha conquistado la imaginación humana, puesto que solo en la imaginación puede estar desnudo el ser humano, solo en la imaginación puede evitar ser portador de significados. Lo insignificante significativo nos cautiva, pues nos retrotrae a un tiempo de alegría previo a la alegría y a un tiempo de dolor previo al dolor.

Me quedo escuchando a la pareja de palomas hasta que el arrullo se desvanece y entonces subo el estor. Se ha extendido la luz sobre la ciudad, pero aún no hay sol. Hace mucho que no vemos el sol. O, en todo caso, hace mucho que yo no lo veo. Durante el día casi siempre tengo los estores bajados. Duermo

durante el día, puesto que por la noche no puedo conciliar el sueño. Entonces me vienen tu cara y la de Lena y la de mi hijo. ¿Por qué escogéis la oscuridad? ¿Por qué no puedo tener la oscuridad para mí solo?

Cuando era niño me encantaba la oscuridad. Cuando el mundo entero desaparecía, solo quedaba yo. En la oscuridad estaba a solas en el mundo o, más bien, en la oscuridad el mundo era yo. El mundo se estiraba tanto como se estiraba mi cuerpo y en mi cuerpo me sentía en casa. Levantaba las piernas hasta poder tocarme con las manos los dedos de los pies, escondía la cabeza en el pecho; era un sistema de calefacción cerrado, pero llegó un día en el que una fuerza secreta reventó mi cuerpo, iba buscando a tientas con las manos para agarrarme a algo; llegó una corriente eléctrica y tuve que conectarme a tierra para no salir ardiendo.

Así fue cuando nació el amor. No fue un sueño que cobró vida, fue un sueño que acabó muriendo; ese cuerpo celeste que era yo y que flotaba libremente tenía ahora una trayectoria, el viaje sin destino de la libertad se había acoplado a los raíles del amor que me conducían de una estación a otra y yo también era una estación en el camino de los demás.

No, el amor no es injusto; tanto el tren más rápido como el más lento llegan al final del trayecto. Y ahí estoy yo ahora. Mi final de trayecto se convirtió en una habitación enorme y preciosa en una

ciudad enorme y preciosa que es tuya pero no mía, y nadie salvo Lena sabe que existo en ella.

El sol no es lo único que llevo tiempo sin ver. Tampoco las nubes. El cielo está cubierto por un fango gris, tupido como una bolsa de plástico; me niego a decir que eso son nubes. Una nube tiene vida y forma, esta bolsa de plástico es demasiado tupida para respirar y demasiado grande para tener forma. Lo infinito no tiene ni forma ni vida. La eternidad no es vida, por eso han mentido todos los fundadores de las religiones.

La eternidad no es la vida eterna; la eternidad es la muerte eterna. No, tampoco. La eternidad va más allá de la vida y de la muerte, es la no-vida y la no-muerte. Es lo que no entendemos, y todo lo que no entendemos lo transformamos en un mito; por eso es necesario el arte. Pues hay muchísimas cosas que no entendemos. Los ingenuos creen que el artista las entiende. El propio artista sabe que no ha entendido nada o que ha entendido menos que nadie. Al final, entender no es otra cosa que dejar de seguir pensando en un momento dado.

Esto ya lo sabía Platón, que empezó por derribar a los dioses y terminó construyéndoles un monumento en las ruinas de su sueño de entender.

Me acuerdo a menudo de Platón. No solo porque es uno de los grandes pensadores que tanto se han dedicado a entender el amor. Sino, sobre todo, por

lo mucho que la posteridad ha maltratado su cerebro sangrante. Nos hemos lanzado a por los pedazos de su cabeza hecha añicos, los hemos puesto bajo los focos y hemos gritado hasta quedarnos roncos: se equivocó, era autoritario, era conservador, era peor que Hitler.

En el desierto del conocimiento humano hemos encontrado unos cuantos huesos y unos cuantos dientes, y de ellos sacamos conclusiones sobre si su dueño era bello o deforme, y en esos casos la regla es bien conocida: todos los muertos son deformes, menos los que nos han engañado: Jesús y Buda y Mahoma, y algunos más.

Pues sí, lo único que permanece es la mentira. Necesitamos la mentira para tener algo en lo que creer. Por extraño que parezca, pese a todo solo podemos creer en la mentira. Por eso permanece la mentira; y la capacidad de elegir.